8497

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION.

GALERÍA LÍRICO-DRAMÁTICA.

LOS PEREGRINOS.

Pina

PRECIO: 4 RS.

S. H. G.

MADRID.—1861.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
calle de S. Vicente, núm. 52.

3

LOS PEREGRINOS.

LOS PEREGRINOS.

ZARZUELA EN UN ACTO,

ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON MARIANO PINA.

MUSICA DE

D. JOSÈ ROGEL.

Representada por primera vez en Madrid en el Teatro de la Zarzuela el 9 de Marzo de 1861.

MADRID: 1861.
IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
calle de S. Vicente Alta, núm. 52.

PERSONAGES.	ACTORES.
ALBERTO.	Doña Teresa Rivas.
TERESA.	Doña Ana Rodriguez.
SOFIA.	Doña Dolores Fernandez.
EL CONDE.	Don Ramon Cubero.
NUÑO.	Don Francisco Arderius.
CONVIDADAS.	Coro de Señoras.

Cercanías de Utrera.—Siglo XVII.

La propiedad de esta zarzuela pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los Teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales y agentes del Centro General de Administracion son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion de esta zarzuela en todos los puntos.

ACTO ÚNICO.

Sala de construccion antigua.—Dos puertas al foro: la de la derecha del actor da á un oscuro patio; la de la izquierda á un jardin.—A la derecha del mismo actor otras dos puertas.—A la izquierda otra idem, y balcon en primer término.—Un velador con bugia encendida.—Sillas etc.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, (saltando por el balcon vestido de fraile.)

MUSICA.

Escalando este balcon
al reflejo de esa luz,
busco aquí mi salvacion,
ó un momento de quietud.
Por montes y por cerros,
con saltos y corcovos,
ladrándome los perros,
aullándome los lobos
y usando este ropaje
con ciega intrepidez,
ocupo este paraje,
que no sé de quien es.
Si la justicia

673556

conmigo dá,
incontinenti
me manda ahorcar.
Y de Sofía,
mi esposa fiel,
el bello rostro
jamás veré.
El hambre me acosa,
me mata la sed,
y apenas mis piernas
se pueden tener.
En lid infortunada
he muerto á mi enemigo,
fatal y despiadada
la suerte fué conmigo.
Si deja la victoria
angustia tan cruel,
ventaja es más notoria
morir que no vencer.
El hambre me acosa
me mata la sed,
y apenas mis piernas
se pueden tener.
Si la justicia
conmigo dá, etc.

HABLADO.

En dónde estoy?... no lo sé.
He corrido tan ligero,
que ayer me batí en Sevilla
y hoy quizá esté ya en Toledo.
Nadie parece... una puerta
(Mirando la de la izquierda.)
que dá á un corredor estrecho,
alumbrado de una lámpara
por los débiles reflejos.
(Idem las de la derecha.)

Dos grandes habitciaones...
(Idem la derecha del foro.)
Y por aquí, á lo que veo,
se sale á un oscuro patio...
Y qué le digo yo al dueño
de este palacio, ó castillo,
ó casa de campo, ó feudo,
para que no me equivoque
con un astuto ratero,
ni me entregue á la justicia,
de la cual estoy huyendo?
Siento pasos... Ea! valor,
y ayúdeme el fingimiento.
(Se echa la capucha y se sienta al lado del velador.)

ESCENA II.

DICHO.—ALBERTO.—NUÑO (por la puerta derecha del foro).

NUÑO. Gracias á Dios, aquí hay luz.
ALBERT. Para romperse los huesos
no es muy precisa.
NUÑO. Humildad.
ALBERT. Recordad que nos digeron
que era el segundo edificio...
NUÑO. Bien: el segundo viniendo
de Sevilla.
ALBERT. Mas nosotros...
NUÑO. No hay duda, este es el convento.
CONDE. (Un convento!)
ALBERT. Si venis
convencido y satisfecho
de mi ciega vocacion,
yo maldita la que tengo.
NUÑO. Ya la tendreis: el ayuno,

la soledad... mas, silencio,
que absorto en sus oraciones
diviso allí un reverendo.

ALBERT. Bien, pues dejadle que rece.
(El Conde tose.)

NUÑO. Ya salió de su embeleso.
Saludadle.

ALBERT. Padre... (Mirando á Nuño.) qué?

CONDE. (Pues que ni el mozo ni el viejo
me conocen, pecho al agua.)
Hola!... quién vá?

NUÑO. Padre nuestro,
es al prior del Refugio
á quien el honor tenemos
de hablar?

CONDE. (Del Refugio dice?
Entonces, ¡viven los cielos!
estoy muy cerca de Utrera
y de mi esposa.) En efecto,
yo soy...

NUÑO. El padre Rufino?

CONDE. Justo: el padre...

NUÑO. Lo celebro.
Yo soy don Nuño García,
que os ha escrito...

CONDE. Ya recuerdo.

NUÑO. Preceptor de aqueste jóven
que con el mayor deseo
de ser monge...

ALBERT. Permitid
que os manifieste...

NUÑO. Silencio!
Cuando los mayores hablan...

ALBERT. Bien está; pero yo debo...

CONDE. (Á Alberto con severidad.)
Hermano!... (Á Nuño.) Continuad.

NUÑO. Este inocente mancebo,
que es de la ilustre familia
del marqués de Prado-ameno...

CONDE. (Del marqués?... Cristo me ayude!
el que ayer maté en un duelo!)

NUÑO. Ha vivido á mi cuidado
en un retirado feudo,
y no conoce del mundo
los criminales manejos.

CONDE. Adelante.

NUÑO. Su familia,
que es de virtud un modelo,
lo destina para el claustro.

ALBERT. Pero yo, que no me encuentro
con vocacion...

NUÑO. Otra vez?...

CONDE. (Á Alberto.) Hermano!... comedimiento.
(Á Nuño.) Proseguid.

NUÑO. (Llevándose á Alberto al otro extremo.)
Venid acá,
y permaneced ahí quieto.
(Volviendo á hablar con el Conde.)
Sus parientes me señalan
dos mil ducados de sueldo
anuales, si el mozalvete
toma el hábito...

CONDE. Comprendo.

NUÑO. Él es un ángel de Diós,
educado con esmero,
en completa soledad
y entero recogimiento.
Nunca ha visto á las mugeres.

CONDE. Hola!..

ALBERT. (Qué estarán diciendo?)

NUÑO. Solo vió, por mi descuido,
una pintada en un lienzo

de la capilla, y el pobre
con sincero arrobamiento
era á la imágen que más
le consagraba sus rezos.

CONDE. Asechanzas del demonio.
Y no os preguntó?..

NUÑO. Al momento
quiso inquirir quién del cuadro
era el humano modelo.

CONDE. Y vos?..

NUÑO. Yo, para librarle
de todo mal pensamiento,
dije que era un peregrino
que moraba en el desierto,
entregado á la oracion,
y se quedó satisfecho.
Ya que sabeis su inocencia
en vuestro poder le dejo.

CONDE. (Magnífico! así podré
pasando por su maestro,
dormir tranquilo esta noche.)
Descuidad, que yo os prometo...

NUÑO. Ya quedais, caballerito,
instalado en el convento,
y escuso recomendaros
la sumision y respeto
á estos buenos padres.

ALBERT. Bien.

NUÑO. Yo voy al vecino pueblo
á descansar.

ALBERT. Id con Dios.

CONDE. Perdonad si no os ofrezco
un asilo, mas la regla...

NUÑO. Muchas gracias: y os advierto,
padre prior, que al entrar
en el santo monasterio,

cedió á mi empuje la puerta,
y he llegado á este aposento
sin ver á nadie...

CONDE. Bien, bien:
ya amonestaré al portero.
Marchad, don Nuño, marchad.

NUÑO. Padre: tambien os advierto,
que este jóven no ha cenado.

CONDE. (Ni yo tampoco.) Ya haremos
porque tome colacion.

NUÑO. Muy buenas noches. (Vase.)

CONDE. *Laus deo.*

ESCENA III.

EL CONDE.—ALBERTO.

CONDE. (Parece el chico despierto,
á juzgar por su exterior.)
Hermano?..

ALBERT. Padre prior?

CONDE. Cuál es vuestro nombre?

ALBERT. Alberto.

CONDE. Teneis firme vocacion
por la vida penitente?

ALBERT. Yo, padre...

CONDE. Hablad francamente.

ALBERT. Pues os diré, sin ficcion,
que entre esta órden de agustinos
y otras que me han explicado,
solo me siento inclinado
á la de los peregrinos.

CONDE. Hola!

ALBERT. Hay tal complemento
de bondad en su figura,

que en cuanto ví la pintura,
me dije: este es mi convento.
Y aunque al preceptor respete,
si he de ser fraile, es muy justo
que tome el hábito á gusto.

CONDE. (Este muchacho promete.)

ALBERT. Allá en mi negro castillo
no me han querido enseñar
el modo de profesar
en esa órden.

CONDE. Muy sencillo.
Uno de esos cenobitas,
siguiendo el rito romano,
entrega su blanca mano...

ALBERT. ¡Y las tienen tan bonitas!
Y se le besa, ¿ no tal?
con dulcísimo embeleso.

CONDE. Se puede admitir el beso,
mas no está en el ritual.

ALBERT. Y luego?

CONDE. El que dá la mano
con quien la mano recibe,
en la misma celda vive
toda la vida.

ALBERT. Es muy llano.

CONDE. Conoceis á la muger?

ALBERT. La muger?... qué fruta es esa?

CONDE. Un ser que nos embelesa...

ALBERT. Pues no conozco á ese ser.
Mas si lo ha criado Dios
en bien de nuestra existencia,
haga vuestra reverencia
que me muestren uno ó dos.

CONDE. (El chico se explica bien.)
Os gusta el pabo trufado?

ALBERT. Padre, jamás lo he probado,

mas que lo traigan tambien.

CONDE. (Ay! ojalá!) Y bebeis vino?

ALBERT. Haré lo que vos mandeis.

CONDE. Si puedo, lo probareis.

ALBERT. (Me gusta el padre Rufino.)

CONDE. Ahora en esta celda entrad,
y vuestra prudencia invoco,
en tanto que aquí convoco
toda la comunidad.

ALBERT. Al punto, padre prior.

CONDE. Fuerza es del mancebo huir,
no vaya á contradecir
mi cargo de preceptor.

ALBERT. Recordad, padre Rufino,
la cena.

CONDE. Ya vendrá, hermano.

ALBERT. Y si lo habeis á la mano,
enviadme un peregrino.
(Váse por la primera puerta derecha.)

ESCENA IV.

EL CONDE.—Despues SOFÍA.

Me hace gracia el mozalvete.
Y á juzgar por sus instintos,
tiene vocacion de fraile,
como yo de ir á presidio.
Pero la noche se pasa
y nadie viene á este sitio.
Hola!... allí diviso un bulto.
serenidad y buen tino.

SOFÍA. (Que sale por la puerta izquierda.)
(Retirada en este cuarto
me libraré del bullicio

de esas chicas. Qué algazara!...
son tan felices!... Dios mio!
un monge aquí?)

CONDE. Á la obediencia.

SOFÍA. El cielo os guarde.

CONDE. Por Cristo!
esa voz! (Descubriéndose.)

SOFÍA. Cárlos!

CONDE. Esposa!

SOFÍA. Tú aquí con ese vestido?

CONDE. Ya sabrás... Mas, dónde estoy?

SOFÍA. En la quinta de mi tio.

CONDE. No es esto un convento?

SOFÍA. No.
Linda con este edificio,
y hay muchos que lo equivocan,
por el exterior sombrio
de esta casa; pero díme...

CONDE. Que por desgracia he tenido
un duelo, que me persiguen
los endiablados esbirros,
y que merced á la noche,
trepando montes y riscos,
sin saber por donde andaba,
he llegado á este recinto.

SOFÍA. Aquí pueden descubrirte.
Hoy hay baile con motivo
de firmarse los contratos
de mi prima...

CONDE. Me he lucido!

SOFÍA. Como nuestro matrimonio
es secreto, no me fio
de nadie.

CONDE. Y adónde iré?
si estoy sin fuerzas, rendido
y con un hambre voraz.

SOFÍA. Entonces... no hay más arbitrio...
entra en mi cuarto.

CONDE. Cuál es?

SOFÍA. Este. (Segunda puerta derecha.)
Quédate escondido,
mientras te traigo la cena.

CONDE. Trae para dos.

SOFÍA. (Pobrecito!
qué hambre tiene.)

CONDE. Viene gente?

SOFÍA. Son las chicas... vivo, vivo.

CONDE. Un ternero, eh? y dos jamones,
y sobre todo, buen vino.
(Vase.)

ESCENA V.

SOFIA.—TERESA.—CONVIDADAS.—(Todas vestidas de blanco.)

TERESA. Por aquí hay salida al parque.
(A Sofía.) Qué te parece el vestido
que hemos adoptado?

SOFÍA. Bien...

TERESA. Todas de blanco, lo mismo
que en el colegio.

SOFÍA. Me agrada.
(Si no dejan este sitio...)
El baile empezará pronto;
venid.

TERESA. El tiempo es magnífico.
y queremos recorrer
el parque y el laberinto.

SOFÍA. Sí, sí... pues no os detengais.

TERESA. No vienes tú?
SOFÍA. Pronto os sigo.
(Váse, puerta izquierda.)

ESCENA VI.

TERESA.—CONVIDADAS.—Despues ALBERTO.

TERESA. Cómo ha cambiado mi prima!
su génio siempre festivo,
es hoy reservado y triste.
Y ella no tiene motivo...
Si fuera yo, que me casan
por fuerza con un vestiglo
esta noche... eso es horrible!
ALBERT. (Entreabriendo la puerta.)
(No viene el padre bendito,
y me canso de esperar.
Cielos! cuánto peregrino!
(Saliendo.)
Son iguales al del cuadro,
y aun me parecen más lindos.)
TERESA. Allí hay un hombre.
ALBERT. (Me miran!)
TERESA. Qué guapo!
TODAS. Qué jovencito!

MUSICA.

CORO.

En su apostura,
su donosura,
su airoso talle
su noble faz,
se ve pintado

que el convidado
es un mancebo
de calidad.

ALBERTO.

(Que estará rezando
la comunidad?
Como por la órden
tengo vocacion,
cada religioso
me parece un sol)

El pecho henchido
de ardiente fé,
aquí mis votos
vengo á ofrecer.
Que es vuestra cara
tan celestial...
(Que estoy rabiando
por profesar.)

CORO.

Aunque en su barba
no apunta el bozo,
segun demuestra,
lo entiende el mozo.

TERESA.

Es muy galante,
y de seguro
lo cambiaria
por mi futuro.

ALBERTO.

(Si por lo bello se juzga
del rango de cada cual,
este que tengo á mi lado
debe ser el provincial.

Ay! qué bellos ojos!

TERESA.

Estais muy galan.

ALBERTO.

Ay! qué linda boca.

TERESA.

Me ruborizais.

ALBERTO.

(Ay! cómo me gusta
su paternidad!)

TERESA.

(Vaya si el mancebo
sabe enamorar.)

ALBERTO.

Hermanito mio
de mi corazon,
vuestra santa mano
pido con ardor.
Dádmela al momento,
no me hagais penar,
porque en vuestra celda
quiero yo habitar.

CORO.

Qué chiquito
tan donoso,
qué bonito,
qué gracioso,
qué simpática
es su faz!
Qué semblante
tan risueño,
qué galante,
qué halagüeño,
qué mirada
tan sagaz!

HABLADO.

ALBERT. Con que no me respondeis?
Otra vez ruego contrito,
que vuestra mano me abra
las puertas del paraiso!
Os lo pido de rodillas...

TERESA. (Quiere casarse conmigo!)
Perdonad, ya tengo otro...

ALBERT. Ah! ¿teneis ya otro novicio?...

TERESA. Novicio!... padre muy grave.

ALBERT. No importa, yo sé de fijo
que lo echaré de la celda.

TERESA. Qué decís, caballerito?

ALBERT. Si la regla no se opone...

TERESA. En fin, yo no puedo oiros.
Mi deber... (A las otras.) Vamos de aquí.

UNA CONVIDADA. (A las demás que se retiran.)
Si á mí me lo hubiera dicho...

ALBERT. Ved que va en ello mi alma.
(Intenta cogerla la mano.)

TERESA. (Retirándose.) Caballero, yo os suplico...

ALBERT. Por piedad...

TERESA. No me sigais.

ALBERT. Vuestra mano necesito.
(Teresa huye arrimada al velador. Alberto la sigue y deja caer la bugia que se apaga.)
Cielos!... se apagó la luz!

TERESA. (Ah!.. mejor, así me libro...)
(Váse por la puerta izquierda del foro por donde ya se han ido las demás.)

ESCENA VII.

ALBERTO.—Despues SOFIA (con una cesta).

ALBERT. Reverendo padre?... hermano?
(Se habrá marchado?) hermanito?
(En este momento sale Sofía.)
Estais ahí?

SOFÍA. Sí, aquí estoy
con todos los utensilios...

ALBERT. (Utensilios?... ya comprendo,
será todo lo preciso
para la toma de hábito.)

SOFÍA. Has obrado con gran tino
matando la luz.

ALBERT. Me alegro,
pero acercáos.

SOFÍA. (Poniendo la cesta sobre el velador.) Me retiro
al punto. Aquí esta la cesta,
y en ella un papel escrito.

ALBERT. (Cogiéndola la mano.)
Ay! qué mano tan chiquita!
Veñid acá.

SOFÍA. Vamos, juicio.

ALBERT. Qué brazo tan torneado,
(Besándola la mano.)
y qué cutis tan suavito!

SOFÍA. Prudencia por Dios.

ALBERT. (Su boca
trasciende á rosas y lírios!)

SOFÍA. Un abrazo, y hasta luego.

ALBERT. Ay! qué cuerpo tan bonito.

SOFÍA. Adios, que pueden venir.
(Váse.)

ESCENA VIII.

ALBERTO.

Otro abrazo, padre mio,
y me quedo hecho más monge
que el mismo padre Rufino.—
Se marchó! Mi corazon
salta con fuertes latidos,
tal vez porque quiere irse
con ese hermano bendito.
¡Lo que es una vocacion
bien arraigada! El me ha dicho
que me dejaba una cesta,
pero yo he perdido el tino...

ESCENA IX.

ALBERTO.—EL CONDE.

CONDE. (En la puerta.)
La esposa del alma mia,
para aumentar más mi cruz,
se olvida...—Calla! no hay luz?
Sacaré esta otra bugía. (Se entra.)

ALBERT. Al cabo con ella dí.
Botellas?.. vamos bebiendo.
(Lo haee. El Conde sale con luz.)
Hola! padre reverendo!
Celebro que esteis aquí.

CONDE. Eh?.. sin haberme avisado
así os bebeis?.. qué desórden!..

ALBERT. Un hermano de la órden
esta cesta me ha dejado.

Si quereis cenar tambien?..

CONDE. No he de querer? Vive Cristo!
que si no acudo tan listo,
llego tan solo al amen.
(Sacan las viandas, se sientan y comen.)
Ternera... queso de Flandes...
Pero cómo habeis salido?..

ALBERT. Ay! padre! me han sucedido
esta noche cosas grandes.
Bebed.

CONDE. Vino de madera.
Es el mejor de los vinos.

ALBERT. Ya ví de los peregrinos
la comunidad entera.

CONDE. Sí?.. Seguid.

ALBERT. Y aunque no cuadre
á mi preceptor gruñon,
no entro en otra religion.
(Qué buen diente tiene el padre!)

CONDE. (Serán las chicas que al baile
han venido.) Bien: y qué?

ALBERT. Ay! señor! solo os diré,
que es un ángel cada fraile.

CONDE. Y les hablásteis?

ALBERT. Sí tal;
y mis votos quise hacer
en manos del que á mi ver
es el padre provincial.
Y aunque espuso timorato
que admitirme no podia,
porque en su celda tenia
otro hermano, al poco rato
aquí en densa oscuridad
más apiadado de mí,
me trajo esta cesta, y...—
bebed.

CONDE. No, continuad.
Ya me interesa el suceso...
y os dijo?..

ALBERT. Me habló muy poco.
Pero, ó mucho me equivoco,
ó soy ya monge profeso.

CONDE. (Canario! ya no hay cachaza !)
Contad!

ALBERT. Que segun el rito
previene...

CONDE. (Á que el angelito
me ha suplantado la plaza?)
Bajo de santa obediencia
decidme ordenado y claro
lo que pasó.

ALBERT. No hay reparo.
Oiga vuestra reverencia.

MUSICA.

El hermanito
que estuvo aquí,
tiene la cara
de un serafin.
y una manita
tan pequeñita,
y dá su aliento
tan rico olor,
que con su aroma
me trastornó.

CONDE.

(Aquesto escucho,
ira de Dios!
y no lo puedo
partir en dos!)
Gozar vos el perfume

de su carminea boca !
La envidia me consume
la rabia me sofoca!

ALBERTO.

Un padre tan cumplido
gritar de esa manera!
á vos se os ha subido
el vino de Madera.

CONDE.

Aun no hizo el vino
efecto en mí;
(mas la Madera
creo que sí.)
Proseguid la historia.

ALBERTO.

Escuchad mi voz.

CONDE.

(Si como el principio
es la conclusion,
voy á divertirme
con la relacion.)

ALBERTO.

Su manecita
feliz besé,
me dió un abrazo
y lo aceptê.
Yo le estrechaba
y él no chistaba,
y en tal estado
la profesion,
el hermanito
se me escapó.

CONDE.

(Su manecita
feliz besó,
le dió un abrazo

y lo aceptó!
El la estrechaba,
y ella callaba;
¡viven los cielos!
que aquí hago yo
papel de esposo
muy bonachon.)
¿Conque, un abrazo?

ALBERTO.

Muy delicioso.

CONDE.

(Vaya si el niño
es pegajoso.)
Sin engañarme:
¿No pasó más?

ALBERTO.

Que me dejó en el alma
muy grave mal.
Si mi dicha os importa,
padre Rufino,
haced que vuelva pronto
mi peregrino.
Idlo á llamar,
que Dios os recomienda
la caridad.

CONDE.

Si á los quince por ellas
está loquito,
Dios nos libre á los veinte
del angelito.
Porque será,
en cuanto al bello sexo,
un musulman.

HABLADO.

CONDE. (El lance tiene que ver...
Yo la echaba de maestro,

y el niño, si no ando diestro,
me birla cena y muger.
Y mi esposa criminal,
se presta á tal artificio!...)

ALBERT. Qué decis?

CONDE. Calle el novicio,
que está en pecado mortal.
Abrazar en estas naves
á un... en vos es sacrilegio.
El abrazo es privilegio
solo de los padres graves.
Yo, que en la regla os educo
con celosísimo esmero,
y en lugar de un fraile austero
me salis un fraile-cuco!

ALBERT. Perdonad... él se acercó...
y era tanta en mí la fé,
que extasiado le abracé.

CONDE. (Lo mismo hubiera hecho yo.)

ALBERT. Ahí una carta cerrada
ha dejado.

CONDE. En dónde?... A ver.

ALBERT. Aquí. (En la cesta.)

CONDE. Dádmela á leer.
Los novicios no leen nada.

ALBERT. (Remedándole.) Tomad. (Qué modos tan rudos!
En aquesta religion
todas las franquicias son
para los padres sesudos.)

CONDE. (Viene dirigida á mí.
Veremos lo que dispone.) (Lee.)

ALBERT. (Ay! qué mala cara pone!)

CONDE. (Voto á Luzbel! qué leí?
(Leyendo.) «No me esperes mientras dure el »baile. Duerme tranquilo toda la noche, y no »salgas ni por un momento de mi cuarto.»

Que permanezca encerrado,
y que me duerma!... Aquí hay plan.
Los mimos del perillan
su cerebro han trastornado.
(Paseándose apresuradamente.)
Esto de la raya pasa,
y, por Dios, que si me harto,
antes de entrar en el cuarto,
le pego fuego á la casa.
Fuera el miedo y disimulo
cuando peligra el decoro.)

ALBERT. Ay! padre! estais hecho un toro!

CONDE. Neófito!... que os extrangulo.
Decid, por dónde se fué
la pérfida?

ALBERT. No os entiendo.

CONDE. El hermano... el reverendo,
el diablo.

ALBER. Yo no lo sé.

CONDE. (Voy á buscar á la ingrata,
y si ahora alguno me prende,
sabrá, que porque me vende,
es ella la que me mata.
(Váse por la puerta izquierda del foro.)

ESCENA X.

ALBERTO, despues TERESA.

ALBERT. Contento empezó á cenar
y abandona los manjares...
Yo, para ahogar mis pesares,
voy la cena á terminar.
(Se sienta.)
Este vino delicioso

me hace en la lengua cosquillas:
haré á las mil maravillas
la vida de religioso.
Veo estrellas, y me entusiasma
este néctar de tal modo,
que voy á apurarlo todo.

TERESA. (Cielos! Si será un fantasma?
Un fraile en la sombra ví,
que mi huella iba siguiendo!)

ALBERT. Vírgen santa! qué estoy viendo?

TERESA. Cómo... vos aún por aquí?
(Retirándose.)
(Es tan galante y tan bello,
que dá lástima dejarle.)

ALBERT. (Siento un placer al mirarle!...)
Quereis que hablemos de aquello?

TERESA. De mi mano? Caballero,
pero cómo he de decir,
que á otro hombre me voy á unir
por siempre?

ALBERT. Pues yo no quiero.

TERESA. Ni yo lo hiciera jamás.
Es tan viejo, ¡pese á mí!

ALBERT. Y yo os gusto?

TERESA. Creo que sí.

ALBERT. De veras? Acercaos más.

MUSICA.

ALBERTO.

Oyendo vuestro acento,
mirando vuestra cara,
aquí en el pecho siento
agitacion tan rara;
que tirito y sudo

con glacial temblor,
y me quema el fuego
de mi corazon.

TERESA.

Oyendo vuestro acento,
mirando vuestra cara,
tambien aquí yo siento
agitacion tan rara;
que temblando dudo,
si tendré valor,
para dar á otro
mano y corazon.

ALBERTO.

Cuanto más os miro,
más feliz respiro.

TERESA.

Cuanto más os veo,
más feliz me creo.

ALBERTO.

Hácia vos me lleva
nuestra religion.

TERESA.

Nunca á sus preceptos
me resisto yo.

ALBERTO.

Pues vivamos juntos,
si ha de redundar
en favor y aumento
de la cristiandad.
(Ay! bien haya la fortuna,
que condujo aquí mi pié,
para vivir en la gloria
y al cielo subir despues.
Ay! compañero!
compañerito,
para mi dicha

te necesito.
Ay! Dios del alma!
por qué será,
que cada instante
le quiero más?)

TERESA.

(Ay! mal haya la fortuna,
que condujo aquí su pié,
para robarme la calma
y dejarme el padecer.
Es tan amable,
y es tan bonito,
que para esposo
le necesito.
Ay! Dios del alma!
por qué será,
que cada instante
le quiero más?)

HABLADO.

TERESA. Su sencillez me interesa.
ALBERT. Qué nombre teneis? Hablad.
TERESA. Teresa. Pero soltad...
ALBERT. (El padre Santa Teresa!
Erudito debe ser!)
Y qué edad?
TERESA. A quince llego.
ALBERT. Yo diez y seis. En el juego
ninguno puede perder.
Y pues nuestra edad se aduna,
uniéndonos... ya vereis:
vos quince y yo diez y seis,
hacemos la treinta y una.
TERESA. No dudo de vuestros fines,
pero... No sentis el son?...

(Se oye música dentro.)
Ya principió la funcion.

ALBERT. (Ah! ya! Laudes ó maitines.)

TERESA. Venid.

ALBERT. No salgo de aquí,
si no me jurais primero
que yo soy el compañero
que aceptais...

TERESA. Pues bueno, sí.
De mi padre angelical
á los pies nos echaremos,
y tal vez conseguiremos...

ALBERT. (Será el padre general.)
Cielos! qué felicidad!
Conque esta mano!...

TERESA. Es ya vuestra.

ALBERT. Pues aquí teneis mi diestra
por toda una eternidad.

TERESA. No tardeis. (Vase.)

ALBERT. Al punto voy.
Me acepta al fin... qué placer!
Pues señor, no puedo ser
más fraile de lo que soy.

ESCENA XI.

ALBERTO, el CONDE.

CONDE. (Todo lo he corrido en vano
sin dar con esa perjura.)

ALBERT. Padre prior, qué ventura!
Le hablé otra vez al hermano.

CONDE. (Gran Dios! se me eriza el pelo!)
Y bien?... Contad.

ALBERT. Que le he visto.

CONDE. En dónde?
ALBERT. Aquí.
CONDE. (Vive Cristo!)
Y qué?
ALBERT. Se cumplió mi anhelo. (Intenta irse.)
CONDE. Voto á toda una legion
de demonios! no os vayais...
ALBERT. Por Dios, no me detengais,
que me espera en la funcion.
(Ay! sus ojos echan lumbre!
qué genio!)
CONDE. (Traicion horrenda.)
ALBERT. Ved que Dios os recomienda
la humildad y mansedumbre.
CONDE. (Se está burlando de mí?)
Es que consentir no puedo...
ALBERT. (Su rostro me causa miedo.)
CONDE. Hablad.
ALBERT. Vuelvo por aquí. (Vase.)

ESCENA XII.

EL CONDE, despues NUÑO.

CONDE. (Intentando seguirle.) Y yo!... pero dónde voy?
qué he de hacer con un rapaz
que no conoce su crímen?
Ella es la que ha de labar
con su sangre fementida
la mancha que hay en mi faz.
NUÑO. Ah!... estais aquí? Lo celebro.
CONDE. Pues juzgad que no me hallais,
porque mis ocupaciones
me llaman á otro lugar.
(Qué querrá este majadero?)

NUÑO. Padre prior, dispensad,
pero es un negocio urgente
el que me trae.

CONDE. (Voto vá!...)

NUÑO. Sabeis que al vecino pueblo
me dirijí á descansar,
cuando os dejé...

CONDE. Bien, al grano.

NUÑO. El grano es, que pian pian
llegué, y que en el instante
que iba mi cuerpo á estirar,
me hace volver un expreso
de muchísima entidad.
¿En dónde está mi discípulo?

CONDE. No sé... por ahí andará.

NUÑO. Debo deciros, que ahora
mi comision principal
es llevármele de aquí.

CONDE. Eh? de veras?

NUÑO. Escuchad.
Sus deudos lo destinaban
á la vida monacal;
mas como ha muerto el Marqués
de Prado-ameno...

CONDE. Abreviad....
Ya he sabido... (mi adversario.)

NUÑO. Y como el título vá
á mi discípulo, ó pasa
á otra línea transversal,
ya no quiere su familia
que el cordon ciña, y me dá
diez mil ducados, si logro
que el chico sea seglar.

CONDE. No es muy difícil la empresa.

NUÑO. Con todo, el muchacho está
pues... como cayó del árbol...

CONDE. Eh?... sí?... lo podeis jurar?...
NUÑO. Y es posible que resista...
CONDE. No, yo sé que vuestro afan
cumplireis, y os aconsejo
que al punto y sin más tardar
os lleveis al nene á Francia,
ó á Lima, ó al Senegal.
NUÑO. (Ya se ha picado. Estos monges
tienen una vanidad!)
CONDE. Hácia aquí viene el pimpollo.

ESCENA XIII.

DICHOS.—ALBERTO.

ALBERT. Qué funcion tan celestial!
Qué orquesta, y qué refectorio.
y qué... Hola! vos por acá?
NUÑO. Ya lo veis.
ALBERT. (Al Conde.) Padre, he probado
un vinillo de Champañ!...
NUÑO. Cómo?... aquí se bebe vino?...
CONDE. En dias de solemnidad.
ALBERT. Pues hoy será... quinquagésima,
ó...
NUÑO. En agosto?
ALBERT. Qué más dá?
Y cómo bailan los padres!
qué vueltas y qué saltar!
y qué cojerse los hábitos!
y qué piececito tan!...
NUÑO. Yo estoy loco! aquí se baila?
CONDE. En honor á San Pascual
Bailon, que fué de la órden.
ALBERT. Y no os he dicho lo más

gracioso. Estaba yo hablando
con mi padre provincial,
ya sabeis...

CONDE. (Con mi muger!)

ALBERT. Y porque quise besar
su linda mano, atufado
vino allí un original...
un viejo patiescurrido,
que no sé lo que será,
y le riñó, motejándole
de perjuro y desleal.

CONDE. (Pues señor, ya somos tres.)

ALBERT. El jóven se echó á llorar,
yo le dije al viejo, estúpido,
él me alzó la mano y paf...
yo ganándole la vez,
le hice á mis plantas rodar.
Al verle en el suelo, rie
toda la comunidad;
me reta el viejo, yo admito,
y aquí le vengo á esperar,
dispuesto á darle una felpa
de primera calidad.

CONDE. (Yo le propinaré otra.)

NUÑO. Pero estais dado á Satan?

ALBERT. Yo soy un monje de honor
y no me dejo ultrajar...

NUÑO. El caso es, que no os conviene
tomar el hábito ya...

ALBERT. Ahora salimos con eso?

NUÑO. Y que debeis renunciar
al claustro.

ALBERT. Renunciar yo?
Primero me matarán.
No salgo de este convento,
aunque se empeñe... además,

si soy ya fraile profeso.

NUÑO. Profeso vos?

ALBERT. No es verdad,
padre prior, que he pasado
por todo el ceromonial?

CONDE. (Si no me sangro esta noche,
mañana me han de enterrar.)

NUÑO. Pero padre!

CONDE. Pero hijo!
Me quereis dejar en paz?

ESCENA XIV.

DICHOS.—SOFÍA.—TERESA.

SOFÍA. Qué voces?..

TERESA. (Aparte á Alberto.) Vengo á reñiros.

SOFÍA. (Aparte al Conde.) Por qué has salido del cuarto?

CONDE. (Aparte á Sofía,) Aparta, sierpe traidora!

NUÑO. (Lo miro y lo estoy dudando!)
(Aparte al Conde.) Mugeres en el convento?

CONDE. (Aparte á Nuño.) Y no debeis extrañarlo.

NUÑO. Pues no acierto...

CONDE. Son hermanas
de la Caridad.

NUÑO. Ya caigo!..
(Este santo monasterio
es un edem encantado.
Aquí se baila, y se bebe,
y para los que caen malos
hay hermanas... y muy guapas.)
Sabeis que me van entrando
ganas de abrazar la regla?

TERESA. (Aparte á Alberto.) Armar semejante escándalo!

ALBERT. (Idem.) No lo haré más.

TERESA. (Idem.) Por fortuna,
vuestro rival enfadado
me retira su palabra.

ALBERT. (Idem.) Pues cómo! era ese espantajo
el otro novicio?..

CONDE. (Aparte á Sofía.) Os digo
que él mismo lo ha confesado.

SOFÍA. Tal calumnia! (A Alberto.) Caballero?

ALBERT. Me hablais á mí?

SOFÍA. Con vos hablo.

ALBERT. (Tambien me agrada este monge:
lo menos es el vicario.)

SOFÍA. Mirais mi cara?

ALBERT. Es muy bella.

SOFÍA. Decidme, dónde ni cuándo
me habeis visto?

ALBERT. En parte alguna.

CONDE. Eh?.. (Aparte á Alberto.) Pues cuál es el hermano
que recibió vuestro voto?

ALBERT. (Aparte al Conde.) Aquel: miradle qué guapo.

CONDE. (Pues ahora lo entiendo menos.)

NUÑO. Pero me direis al cabo?..
Yo tengo órden terminante
de que os vengais á mi lado.
Vedla.

ALBERT. Y á mí qué me importa?..
Ya ni el mismo padre santo
puede levantar mis votos
ni separarme del cláustro.

TERESA. (Qué dice?)

ALBERT. Yo soy un fraile
muy austero.

TERESA. Estais soñando?
vos fraile?

ALBERT. Ni más ni menos.

TERESA. Con que me habeis engañado?

ALBERT. No tal, viviremos juntos,
y ya vereis.
TERESA. Tal agravio!
vivir con un monaguillo!
NUÑO. Aquí lo más necesario
es que oigais...
ALBERT. Qué pesadez!
NUÑO. Dice así.
CONDE. (Á Alberto.) Paciencia, hermano.
NUÑO. (Leyendo.) «El Marqués de Prado-ameno ha espi-
»rado víctima de un duelo, y á vos, Alberto, os
»corresponden su título y riquezas, y el derecho
»de vengar su muerte con vuestra espada; aun-
»que antes de espirar, ha declarado el Marqués,
»que su contrario el Conde de la Flor se batió
»lealmente, y por ello nada tenemos ya que pe-
»dir contra este.»
CONDE. (Qué escucho! será verdad?)
ALBERT. Y bien?... Habeis acabado?
NUÑO. Que sois Marqués.
CONDE. Y yo Conde.
Y que me quito estos hábitos, (Lo hace.)
y que ni este es un convento,
ni vos monge ni ermitaño;
y que en vez de peregrinos
como os habeis figurado,
las que mirais son mugeres.
NUÑO. Ó soy presa de un letargo,
ó no entiendo...
CONDE. Ya os diré
la causa de vuestro engaño.
ALBERT. Mugeres?...
TERESA. En cuerpo y alma.
ALBERT. Se dará caso más raro!
Y hablan!... y tienen el rostro
lo mismo que un ser humano!

Y decid, para qué existen
las mugeres?

CONDE. Para amarnos.
para prestarnos consuelo
en nuestros trances amargos,
para gozar si reimos,
para llorar si lloramos.

ALBERT. Qué buenas son las mugeres!
Conque decis, que en los ratos
en que nos consume el tedio,
son ellas el dulce bálsamo?...
Pues me llevaré estas dos,
porque como soy tan dado
al esplin...

CONDE. No lo consiento.
Esta es mia.

TERESA. Qué descaro!
Amar á dos!

ALBERT. No, á vos sola,
que sois mi cielo y mi encanto.

MUSICA.

(Al público.)

Con mis galas de Marqués
y una esposa tan gentil,
desde Irun hasta Jerez
no hay un hombre más feliz.
Y será más cumplida
ventura tal,
si me das una prueba
de tu bondad.

La representacion de esta obra está autorizada por la censura.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

Cuesta, calle de Carretas.
Moro, Puerta del Sol.
Durán, calle de la Victoria.

EN PROVINCIAS.

En casa de los comisionados del Centro General de Administracion.